

colombianas, renovando con este motivo su anterior oferta en términos generales: « El ejército de Colombia está pronto » á marchar á donde quiera que sus hermanos lo llamen, y » muy particularmente á la patria de nuestros vecinos del » Sud, á quienes por tantos títulos debemos preferir como los » primeros amigos y hermanos de armas » (2). El Protector le contestaba: « Los triunfos de Bomboná y Pichincha han » puesto el sello de la union de Colombia y del Perú. El Perú » es el único campo de batalla que queda en América, y en él » deben reunirse los que quieran obtener los honores del último triunfo contra los que ya han sido vencidos en todo el » continente. Acepto su generosa oferta. El Perú recibirá con » entusiasmo y gratitud todas las tropas de que V. E. pueda » disponer, á fin de acelerar la campaña y no dejar el mayor » influjo á las vicisitudes de la fortuna. Espero que Colombia tendrá la satisfacción de que sus armas contribuyan » poderosamente á poner término á la guerra del Perú, así » como las de éste han contribuído á plantar el pabellón de » la República en el sud de este vasto continente. — Es preciso combinar en grande los intereses que nos han confiado » los pueblos, para que una sólida y estable prosperidad les » haga conocer el beneficio de su independencia. Marcharé á » saludar á V. E. á Quito. Mi alma se llena de gozo cuando contemplo aquel momento. Nos veremos, y presiento que la » América no olvidará el día que nos abracemos » (3). Y no lo ha olvidado! pero por causas muy diferentes de las que se imaginaba el libertador del sud al ir al encuentro del liberta-

(2) Ofi. del Libertador Bolívar al Protector del Perú, de 17 de junio de 1822, en la ciudad de Quito. — En un decreto de Bolívar de 18 de junio de 1822, datado en Quito, se dice: « Art. 5.º. El gobierno de Colombia se reconoce deudor á la división del Perú de una gran parte de la victoria de Pichincha ».

(3) Ofi. del Protector del Perú al Libertador Bolívar, de 13 de julio de 1822, en Lima.

dor del norte, en la creencia de que éste lo reconocería á la par suya en calidad de árbitro « para combinar en grande » los intereses de los pueblos americanos », según sus palabras. Y el gobierno del Perú, al confirmar oficialmente estas esperanzas, manifestaba al de Guayaquil y al enviado peruano cerca de él: « En la conferencia quedarán transadas cualesquiera diferencias que pudiesen ocurrir sobre el destino de » Guayaquil, y arreglados todos los obstáculos para la terminación de la guerra de la independencia » (4).

Con estas esperanzas y seguridades halagadoras, y bajo los siniestros auspicios antes señalados (véase cap. XLV, § V), iba á celebrarse entre los dos libertadores la entrevista que « la América no olvidaría ».

### III

Al llegar Bolívar á Quito (16 de junio de 1822) después de Pichincha, encontró, como antes se dijo, resuelto el problema de la integración de su imperio republicano. Las provincias de Quito, Cuenca y Loja, estaban incorporadas de grado ó por fuerza á Colombia. Faltábale sólo la anexión de Guayaquil, que era una consecuencia, para cuadrar su territorio de mar á mar y poner su poderosa mano sobre el Perú, « único campo de batalla que quedaba en América », según la expresión gráfica de San Martín. Él venía buscando los honores del triunfador que consideraba atributos de su gloria, como el incienso en los altares de los dioses. Naturaleza tropical,

(4) Ofi. del gobierno del Perú á la Junta de Guayaquil y al enviado del Perú, Salazar, acreditado cerca de ella, de 14 de julio de 1822, apud Cat. M. S. de Paz Soldán, núm. 289.

con imaginación poética, ensoberbecida por el éxito y viciada por la lisonja, éstas vanas ostentaciones eran una necesidad de su temperamento y de sus ambiciones en la vida. El pueblo libertado le tributó los honores, merecidos aunque exagerados, que nunca faltaban donde él triunfaba, sabedores todos que así satisfacían sus propensiones. Como en Bogotá, después de Boyacá, tuvo entrada triunfal, coronas, monumentos, himnos y loores que perpetuasen su victoria. Era el hombre más poderoso de la América del Sud, y el verdadero árbitro de sus destinos, y esto, á la par de los honores, exaltaba su imaginación ardiente. Según sus palabras á propósito de la cuestión de Guayaquil, « en América no había poder humano que pudiera oponerse á Colombia ». San Martín no podía ser un obstáculo á sus designios, y lo quebraría si se atravesaba en su camino.

El delirio de las grandezas, que estaba en germen en su cabeza, empezaba á fermentar activamente en su alma inquieta. Su plan de política absorbente, impura liga de su ambición personal con sus grandes designios de emancipación continental, empezó á diseñarse. Antes que los sueños de unificación americana bajo su hegemonía, antes que las presidencias vitalicias y la monocracia en su persona como coronamiento de la obra revolucionaria hiciesen su aparición, ya los perfiles de su insaciable ambición, que era su fuerza y que sería su debilidad, se proyectaban sobre las líneas de las fronteras de los nuevos Estados, cerrándose en su glorioso punto de partida.

En Quito, vió por la primera vez las tropas de San Martín y pudo compararlas con las suyas. Su porte y su correcta disciplina llamaron su atención, especialmente los Granaderos á caballo argentinos, que rivalizaban con los llaneros de Venezuela y á los que confirió en recuerdo de su reciente hazaña el título de « Granaderos de Río Bamba » (5). Tan valientes como

(5) Decreto de Bolívar de 18 de junio de 1822, en Quito, en que se dice:

fueran sus soldados, probados en veinte batallas ganadas ó perdidas, pero siempre bien peleadas, eran una montonera al lado de los del libertador del sud (6). Sea emulación de gloria, sea que considerase como un obstáculo á sus aspiraciones de engrandecimiento la influencia moral de la República Argentina, alma de la hegemonía del sud de la América, desde entonces empezó á manifestarse su prevención contra los argentinos, que al fin haría su estallido.

Uno de los obsequios que el pueblo de Quito ofreció á sus libertadores, fué un espléndido banquete á que asistieron los jefes colombianos, peruanos, argentinos y chilenos de las divisiones vencedoras en Pichincha, que representaban la alianza de las armas americanas del sud y del norte. El Libertador, como de costumbre, pronunció varios brindis ó elocuentes ó verbosos. En uno de ellos, embriagado por sus palabras, llegó á decir: « No tardará mucho el día en que pasearé el » pabellon triunfante de Colombia hasta el suelo argentino ». Cinco jefes argentinos se hallaban presentes: el comandante de granaderos á caballo de los Andes, Juan Lavalle, pidió la palabra para aclarar un error, se puso de pie, y dijo con reconcentrada arrogancia: « La República Argentina se halla » independiente y libre de la dominación española, y lo ha » estado desde el día en que declaró su emancipación, el 25 » de mayo de 1810. En todas las tentativas para reconquistar » su territorio, los españoles han sido derrotados. Nuestro » himno nacional consagra sus triunfos. » Y brindó por la independencia de América y de la República Argentina. No hubo más brindis (7).

« Llevarán el sobrenombre de GRANADEROS DE RÍO BAMBA, si el gobierno » del Perú se digna confirmar este sobrenombre glorioso ».

(6) Así lo declaraba el enviado de Colombia cerca del gobierno del Perú, el general Mosquera.

(7) Espejo: « Entrevista de Guayaquil », pág. 59-60. El general Félix Olazábal, uno de los jefes argentinos presentes, me ha confirmado verbalmente el hecho.

Á Guayaquil entró Bolívar bajo arcos de triunfo, con las leyendas: « Á Simón Bolívar — Libertador de Colombia — Al rayo de la guerra, al iris de la paz » (11 de julio). Al hacerse las salvas de honor, las cañoneras de la ría, arriaron el pabellón celeste y blanco de Guayaquil y enarbolaron el de Colombia. « ¿ Por qué tan pronto? » exclamó en alta voz algo sorprendido, pensando que era la señal de la incorporación de la provincia disputada. Al arriar el pabellón de Colombia, después de terminadas las salvas, y ascender de nuevo el del estado mediatizado, resonó un grito unánime: « ¡ Viva Guayaquil independiente! » Miró de soslayo, se caló elástico que tenía en la mano, y siguió su marcha triunfal. Este incidente fué muy comentado en el público, y especialmente en la legación peruana, como indicante de las intenciones del Libertador (8).

No eran un secreto para nadie las intenciones de Bolívar. Para convertirlas en hecho se hizo acompañar de un cuerpo de ejército de 1,500 hombres, que ocupara militarmente la ciudad en actitud amenazante. — Su actitud era agresiva. — Dos incidentes análogos al de Quito vinieron á poner otra vez de relieve su orgullo, su rivalidad con los peruanos y su prevención contra los argentinos. En un banquete con motivo de un aniversario de uno de sus triunfos, uno de sus jefes brindó porque el omnipotente lo conservase por siempre. Se levantó y dijo: « Sí, señores: hoy hace treinta y nueve años que he nacido tres veces, para el mundo, mi gloria y la república » (9). — En

(8) Espejo: « Conferencia de Guayaquil », pág. 65-66, que habla como testigo presencial, y cuya veracidad es notoria.

(9) Carta del general chileno Luis de la Cruz á O'Higgins, de 23 de julio de 1822, publicada por Vicuña Mackenna en « General San Martín », p. 53. — Usamos con cautela de los datos contenidos en esta carta, aunque escrita por persona digna de fe, porque si bien algunos de los rasgos que atribuye á Bolívar corresponden al carácter que la tradición le presta en su vida familiar, el cuadro está evidentemente recargado de

otro banquete, tocóle tener á su frente al coronel argentino Manuel Rojas, secretario de la legación peruana. Rojas le miraba de hito en hito, como si quisiese penetrarlo. Encontrándose por acaso sus miradas, el Libertador bajó los ojos. Repitiéndose el hecho por segunda vez, le preguntó con ceño: — ¿ Quién es usted? — Manuel Rojas, contestó apaciblemente el interpelado — ¿ Qué graduación tiene usted? — Coronel, replicó Rojas, inclinando el hombro izquierdo y mostrando la pala de su charretera. — ¿ De qué país es usted? — Tengo el honor de ser de Buenos Aires, dijo poniendo la mano sobre las medallas argentinas que llevaba al pecho. — Bien se conoce por el aire altanero que representa. — Es un aire propio de hombres libres, repuso por último el argentino, inclinándose. — Aquí terminó este singular diálogo. Ambos interlocutores bajaron la cabeza. Todos permanecieron en silencio. Un frío glacial circuló por toda la concurrencia. Dos días después (13 de julio), el mismo día que San Martín le dirigía su carta, lisonjeándose de que ambos « cambiarían de acuerdo » y en grande los intereses de los pueblos », el pabellón independiente de Guayaquil era arriado y se enarbolaba el iris colombiano con esta inscripción: « La América del sud, libre por la República de Colombia » (10).

No habían pasado veinticuatro horas de la entrada triunfal del Libertador en Guayaquil, cuando los partidarios de su anexión á Colombia sostenidos por sus bayonetas, dirigieron

sombras, y el autor, poniendo algo de su pasión propia, se hace á la vez el eco de la maledicencia contemporánea. No mencionaríamos, pues, este hecho trivial y característico, si no nos hubiera sido confirmado en Buenos Aires en 1887, por el general Rufino Guido, uno de los hombres más rectos y verídicos que hayamos conocido, y que acompañó á San Martín como ayudante de campo en su entrevista de Guayaquil. Vicuña Mackenna en su obra, cit. (nota), confirma el hecho como comunicado también á él en Nueva York por el mismo general R. Guido, en 1853.

(10) Carta del general Cruz, cit. en Vicuña Mackenna, op. cit. pág. 53.

una representación al síndico procurador de la municipalidad pidiendo que se hiciese efectiva inmediatamente. La municipalidad se negó por unanimidad, porque los representantes del pueblo estaban convocados para resolver esta cuestión. Esta resistencia irritó á Bolívar. Repetida la petición sin mejor resultado, elevóse otra enderezada directamente al Libertador (julio 12). Bolívar, tomando pie de esta tramoya, declaró á Guayaquil en estado de anarquía, y al asumir el mando político y militar, significó á la junta por medio de su secretario que la provincia quedaba bajo la protección de Colombia (julio 13), intimando por medio de un edecán su voluntad á la asamblea popular (11). Al mismo tiempo expidió una proclama en que decía á los guayaquileños: « Os veis reducidos » á la situación más falsa, más ambigua, más absurda para » la política como para la guerra. Vuestra situación era un » fenómeno que estaba amenazando la anarquía. Yo he venido » á traer el arca de la salvación .» Empero, tributando en la forma un homenaje al principio que sostenía San Martín, les aseguraba que su reasunción del mando absoluto en nada coartaba la libertad del voto que pronunciase su representación; pero decretaba imperativamente de antemano, que la anexión era un hecho fuera de cuestión: « Sois colombianos: vuestros votos han sido por Colombia: habéis pertenecido por tiempo inmemorial al territorio que tiene la dicha de llevar el nombre del padre del nuevo mundo; mas yo quiero consultaros, para que no se diga que hay un colombiano que no ama sus sabias leyes. » La junta se dió por notificada y declaró que « cesaba desde luego en el ejercicio de sus funciones gubernativas » (12). Así quedó consumada de hecho

(11) Ceballos: « Resumen de la Hist. del Ecuador », t. III, pág. 404.

(12) « El Patriota » (periódico de Guayaquil) de 13 de julio de 1822 y « Suplemento » del mismo día.

la incorporación de Guayaquil á Colombia. Bolívar hacía lo que podía, y puede decirse lo que debía, para resolver la cuestión y prevenir un conflicto inminente; pero lo hacía mal, sin franqueza en las palabras y con violencia en los actos.

San Martín por su parte se preparaba á ejecutar una maniobra análoga, consecuente con su política y sus declaraciones comprometidas de sostener el voto libre del estado mediatizado. Al efecto, se había hecho preceder por la escuadra peruana, que á la sazón se encontraba en Guayaquil bajo las órdenes de su almirante Blanco Encalada, con el pretexto de recibir la división auxiliar peruano-argentina que desde Quito debía embarcarse en dicho puerto. Ocupada así la ciudad por agua y por tierra, el Protector contaba ser dueño del terreno, para garantir el voto libre de los guayaquileños, y tal vez para inclinarlo á favor del Perú. Pensaba que á su llegada, aun se hallaría el Libertador en Quito, hasta donde era su intención dirigirse, como lo había anunciado, á fin de buscar allí el acuerdo en actitud ventajosa; pero Bolívar « le ganó de mano », según él mismo lo declaró después (13). Los miembros de la disuelta junta de Guayaquil se refugiaron á bordo de la escuadra peruana, á pesar de las instancias del Libertador, poniéndose como vencidos bajo la protección del vencido.

#### IV

Consumada de hecho la incorporación de Guayaquil, Bolívar, al contestar la carta de San Martín, que le anunciaba su visita, lo invitaba á verle en « el suelo de Colombia », ó á esperarle en cualquier otro punto, envolviendo en palabras

(13) Informe verbal del general Rufino Guido, ayudante de campo de San Martín, quien se las oyó pronunciar al tiempo de retirarse de la entrevista. Véase unos apuntes del mismo (publicados anónimos) en la « Rev. de Buenos Aires », t. XV, pág. 74.